

Imponer la democracia

[Eric J. Hobsbawm](#)

Estamos en medio de lo que pretende ser una reordenación minuciosa del mundo por parte de los Estados más poderosos. Las guerras de Irak y Afganistán no son más que una parte de un esfuerzo supuestamente universal para crear un orden mundial mediante la difusión de la democracia. La idea no es sólo quijotesca; es peligrosa. La retórica en la que se enmarca esta cruzada implica que el sistema es aplicable en una versión normalizada (occidental), que puede triunfar en todas partes, que puede remediar los dilemas transnacionales de hoy y que puede engendrar paz en vez de sembrar desorden. No es así.

La democracia es popular por algo. En 1647, los *niveladores* ingleses difundieron la seductora idea de que "todo gobierno lo es con el libre consentimiento del pueblo". Querían decir votos para todos. Por supuesto, el sufragio universal no garantiza ningún resultado político determinado, y las elecciones no pueden ni siquiera asegurar su propia supervivencia; piénsese en la República de Weimar. Además, la democracia electoral no tiende a producir resultados convenientes para los poderes hegemónicos o imperiales. (Si la guerra de Irak hubiera dependido del consentimiento, libremente expresado, de la comunidad mundial, no se habría producido). Pero estas incertidumbres no minan el atractivo de la democracia electoral. Otros factores, además de la popularidad de la democracia, explican la peligrosa e ilusa creencia de que unos ejércitos extranjeros pueden propagarla. La globalización indica que las acciones humanas están evolucionando hacia un modelo universal. Si las gasolineras, los *iPods* y los genios de los ordenadores son iguales en todo el mundo, ¿por qué no las instituciones políticas? Esta concepción subestima la complejidad del mundo. También ha contribuido a hacer más atractiva la difusión de un nuevo orden, el regreso a los baños de sangre y la anarquía, tan visible en gran parte del mundo. Los Balcanes parecen ser la prueba de que las áreas de agitación y catástrofes humanas necesitan la intervención –incluso militar, si es preciso– de otros Estados fuertes y estables. A falta de un gobierno mundial real, algunos humanitarios están dispuestos a apoyar un orden impuesto por el poder de Estados Unidos. Pero siempre hay que

sospechar de las potencias militares que aseguran estar haciendo un favor a sus víctimas y al mundo mediante la derrota y la ocupación de Estados más débiles.

"Los Estados poderosos intentan difundir un sistema que incluso a ellos les parece insuficiente para afrontar los retos de hoy"

Sin embargo, el factor más importante es tal vez otro: EE UU posee la combinación necesaria de megalomanía y mesianismo, derivada de sus orígenes revolucionarios. Hoy, su supremacía tecno-militar no tiene rivales, está convencido de la superioridad de su sistema social y, desde 1989, ya no hay quien le recuerde –como les pasó aun a los mayores imperios– que su poder material tiene límites. Como el presidente Woodrow Wilson (un fracaso internacional espectacular en su época), los ideólogos actuales consideran que en EE UU ya funciona una sociedad modelo: una combinación de leyes, libertades liberales, empresa privada competitiva y elecciones periódicas y disputadas, con sufragio universal. Lo único que falta es transformar el mundo a imagen de esta sociedad *libre*.

Esta idea es peligrosamente engañosa. Aunque una actuación enérgica puede tener consecuencias moral o políticamente deseables, identificarse con eso es arriesgado porque la lógica y los métodos de la actuación de Estado no son los mismos de los derechos universales. Los Estados piensan primero en sus intereses. Si tienen el poder, y el objetivo se considera crucial, justifican los medios para alcanzarlo (aunque no suelen reconocerlo en público), sobre todo si piensan que Dios está de su parte. Los imperios, tanto buenos como malos, han producido la barbarización de nuestra era, y *la guerra contra el terror* es la última contribución.

Ilustración sobre Imponer la democracia

Image not found or type unknown

Si amenaza la integridad de los valores universales, la campaña de difusión de la democracia no prosperará. El siglo xx demostró que los Estados no podían rehacer el mundo ni abreviar las transformaciones históricas. Tampoco es fácil realizar cambios sociales a base de trasladar instituciones al otro lado de la frontera. Incluso entre los Estados-nación territoriales, es raro que se den las condiciones para un gobierno democrático que funcione: un Estado existente que tenga legitimidad, consenso y la capacidad de mediar en los conflictos entre grupos nacionales. Sin el consenso, no hay un pueblo soberano único ni, por tanto, tienen legitimidad las mayorías aritméticas. Cuando falta el consenso –religioso, étnico o de ambos tipos–, la democracia se interrumpe (como ocurre con las instituciones democráticas en Irlanda del Norte), el Estado se divide (como en Checoslovaquia) o la sociedad se hunde en una guerra civil permanente (como en Sri Lanka). Después de 1918 y 1989, la "difusión de la democracia" agravó los conflictos étnicos y provocó la desintegración de Estados en regiones multinacionales y multicomunitarias; una perspectiva poco esperanzadora.

Aparte de sus escasas posibilidades de éxito, el empeño en extender la democracia de tipo occidental tiene además una paradoja. En gran parte, se piensa que es una solución a los peligrosos problemas transnacionales de hoy. Cada vez hay más áreas de la vida humana que se escapan a la influencia de los votantes, enmarcadas en entidades transnacionales, públicas y privadas, que no cuentan con un electorado o, al menos, no uno democrático. Y la democracia electoral no puede ser eficaz fuera de los Estados-nación. Es decir, los Estados poderosos intentan difundir un sistema que incluso a ellos les parece insuficiente para afrontar los retos de hoy.

Europa es un ejemplo. Una organización como la Unión Europea

(UE) puede llegar a ser una estructura poderosa y eficaz precisamente porque no tiene electores, aparte de un pequeño número (eso sí, cada vez mayor) de gobiernos. La UE no sería nada sin su *déficit democrático*, y su Parlamento no puede tener futuro, porque no existe *un pueblo europeo*, sino una mera colección de *pueblos miembros*, de los que más de la mitad no se molestó en votar en las últimas elecciones parlamentarias. Ahora, Europa es una entidad que funciona, pero que no cuenta con legitimidad popular ni autoridad electoral. Como es lógico, los problemas surgieron en cuanto la UE pasó a ser algo más que negociaciones entre gobiernos y se convirtió en tema de campañas democráticas en los Estados miembros.

El esfuerzo para difundir la democracia es también peligroso en un sentido más indirecto. A los que no tienen esta forma de gobierno les transmite la fantasía de que ella gobierna realmente a los que la tienen. ¿De verdad? Ahora sabemos ya, en parte, cómo se tomaron las decisiones sobre la guerra de Irak en dos Estados, por lo menos, de indudable pedigrí democrático: Estados Unidos y el Reino Unido. Aparte de crear complejos problemas de engaños y ocultaciones, la democracia electoral y las asambleas representativas tuvieron poco que ver en el proceso. Las decisiones las tomaron pequeños grupos de personas en privado, de forma no muy distinta a como lo habrían hecho en países no democráticos. Por suerte, la independencia de los medios no fue tan fácil de eludir en el Reino Unido. Pero la democracia electoral no garantiza forzosamente la genuina libertad de prensa, los derechos de los ciudadanos ni la independencia del poder judicial.

Imponer la democracia. [Eric J. Hobsbawm](#)

Estamos en medio de lo que pretende ser una reordenación minuciosa del mundo por parte de los Estados más poderosos. Las guerras de Irak y Afganistán no son más que una parte de un esfuerzo supuestamente universal para crear un orden mundial mediante la difusión de la democracia. La idea no es sólo quijotesca; es peligrosa. La retórica en la que se enmarca esta cruzada implica que el sistema es aplicable en una versión normalizada (occidental), que puede triunfar en todas partes, que puede remediar los dilemas transnacionales de hoy y que puede engendrar paz en vez de sembrar desorden. No es así.

La democracia es popular por algo. En 1647, los *niveladores* ingleses difundieron la seductora idea de que "todo gobierno lo es con el libre consentimiento del pueblo". Querían decir votos para todos. Por supuesto, el sufragio universal no garantiza ningún resultado político determinado, y las elecciones no pueden ni siquiera asegurar su propia supervivencia; piénsese en la República de Weimar. Además, la democracia electoral no tiende a producir resultados convenientes para los poderes hegemónicos o imperiales. (Si la guerra de Irak hubiera dependido del consentimiento, libremente expresado, de la comunidad mundial, no se habría producido). Pero estas incertidumbres no minan el atractivo de la democracia electoral. Otros factores, además de la popularidad de la democracia, explican la peligrosa e ilusa creencia de que unos ejércitos extranjeros pueden propagarla. La globalización indica que las acciones humanas están evolucionando hacia un modelo universal. Si las gasolineras, los *iPods* y los genios de los ordenadores son iguales en todo el mundo, ¿por qué no las instituciones políticas? Esta concepción subestima la complejidad del mundo. También ha contribuido a hacer más atractiva la difusión de un nuevo orden, el regreso a los baños de sangre y la anarquía, tan visible en gran parte del mundo. Los Balcanes parecen ser la prueba de que las áreas de agitación y catástrofes humanas necesitan la intervención –incluso militar, si es preciso– de otros Estados fuertes y estables. A falta de un gobierno mundial real, algunos humanitarios están dispuestos a apoyar un orden impuesto por el poder de Estados Unidos. Pero siempre hay que sospechar de las potencias militares que aseguran estar haciendo un favor a sus víctimas y al mundo mediante la derrota y la ocupación de Estados más débiles.

"Los Estados poderosos intentan difundir un sistema que incluso a ellos les parece insuficiente para afrontar los retos de hoy"

Sin embargo, el factor más importante es tal vez otro: EE UU posee la combinación necesaria de megalomanía y mesianismo, derivada de sus orígenes revolucionarios. Hoy, su supremacía tecno-militar no tiene rivales, está convencido de la superioridad de su sistema social y, desde 1989, ya no hay quien le recuerde –como les pasó aun a los mayores imperios– que su poder material tiene límites. Como el presidente Woodrow Wilson (un fracaso internacional espectacular en su época), los ideólogos actuales consideran que en EE UU ya funciona una sociedad modelo: una combinación de leyes, libertades liberales, empresa privada competitiva y elecciones periódicas y disputadas, con sufragio universal. Lo único que falta es transformar el mundo a imagen de esta sociedad *libre*.

Esta idea es peligrosamente engañosa. Aunque una actuación enérgica puede tener consecuencias moral o políticamente deseables, identificarse con eso es arriesgado porque la lógica y los métodos de la actuación de Estado no son los mismos de los derechos universales. Los Estados piensan primero en sus intereses. Si tienen el poder, y el objetivo se considera crucial, justifican los medios para alcanzarlo (aunque no suelen reconocerlo en público), sobre todo si piensan que Dios está de su parte. Los imperios, tanto buenos como malos, han producido la barbarización de nuestra era, y *la guerra contra el terror* es la última contribución.

Ilustración sobre Imponer la democracia

Image not found or type unknown

Si amenaza la integridad de los valores universales, la campaña de difusión de la democracia no prosperará. El siglo xx demostró que

los Estados no podían rehacer el mundo ni abreviar las transformaciones históricas. Tampoco es fácil realizar cambios sociales a base de trasladar instituciones al otro lado de la frontera. Incluso entre los Estados-nación territoriales, es raro que se den las condiciones para un gobierno democrático que funcione: un Estado existente que tenga legitimidad, consenso y la capacidad de mediar en los conflictos entre grupos nacionales. Sin el consenso, no hay un pueblo soberano único ni, por tanto, tienen legitimidad las mayorías aritméticas. Cuando falta el consenso –religioso, étnico o de ambos tipos–, la democracia se interrumpe (como ocurre con las instituciones democráticas en Irlanda del Norte), el Estado se divide (como en Checoslovaquia) o la sociedad se hunde en una guerra civil permanente (como en Sri Lanka). Después de 1918 y 1989, la "difusión de la democracia" agravó los conflictos étnicos y provocó la desintegración de Estados en regiones multinacionales y multicomunitarias; una perspectiva poco esperanzadora.

Aparte de sus escasas posibilidades de éxito, el empeño en extender la democracia de tipo occidental tiene además una paradoja. En gran parte, se piensa que es una solución a los peligrosos problemas transnacionales de hoy. Cada vez hay más áreas de la vida humana que se escapan a la influencia de los votantes, enmarcadas en entidades transnacionales, públicas y privadas, que no cuentan con un electorado o, al menos, no uno democrático. Y la democracia electoral no puede ser eficaz fuera de los Estados-nación. Es decir, los Estados poderosos intentan difundir un sistema que incluso a ellos les parece insuficiente para afrontar los retos de hoy.

Europa es un ejemplo. Una organización como la Unión Europea (UE) puede llegar a ser una estructura poderosa y eficaz precisamente porque no tiene electores, aparte de un pequeño número (eso sí, cada vez mayor) de gobiernos. La UE no sería nada sin su *déficit democrático*, y su Parlamento no puede tener futuro, porque no existe *un pueblo europeo*, sino una mera colección de *pueblos miembros*, de los que más de la mitad no se molestó en votar en las últimas elecciones parlamentarias. Ahora, Europa es una entidad que funciona, pero que no cuenta con legitimidad popular ni autoridad electoral. Como es lógico, los problemas surgieron en cuanto la UE pasó a ser algo más que negociaciones entre gobiernos y se convirtió en tema de campañas democráticas en los Estados miembros.

El esfuerzo para difundir la democracia es también peligroso en un sentido más indirecto. A los que no tienen esta forma de gobierno les transmite la fantasía de que ella gobierna realmente a los que la tienen. ¿De verdad? Ahora sabemos ya, en parte, cómo se tomaron las decisiones sobre la guerra de Irak en dos Estados, por lo menos, de indudable pedigrí democrático: Estados Unidos y el Reino Unido. Aparte de crear complejos problemas de engaños y ocultaciones, la democracia electoral y las asambleas representativas tuvieron poco que ver en el proceso. Las decisiones las tomaron pequeños grupos de personas en privado, de forma no muy distinta a como lo habrían hecho en países no democráticos. Por suerte, la independencia de los medios no fue tan fácil de eludir en el Reino Unido. Pero la democracia electoral no garantiza forzosamente la genuina libertad de prensa, los derechos de los ciudadanos ni la independencia del poder judicial.

Eric J. Hobsbawm es profesor emérito de Economía e Historia Social en Birkbeck, Universidad de Londres, y autor de Historia del siglo xx, 1914-1991 (Crítica, Barcelona, 2003). © E. J. Hobsbawm, 2004.

Fecha de creación
18 octubre, 2007